

DESCARGA DE LECTURA

LA QUINTA DEL SORDO

Antonio Rocha

Rochaliterario · Ciudad de México

Texto para descarga y lectura. Todos los derechos reservados por el autor.

LA QUINTA DEL SORDO

Antonio Rocha

Su padre le tenía prohibido acercarse a la Quinta del Sordo. Se lo decía con una seriedad que no admitía preguntas: era peligrosa, insistía, porque el dueño (aquel pintor famoso) estaba loco.

Pero ¿qué niño de doce años puede intuir que hay cosas que no se miran dos veces?

Gaby se escabulló hasta la casa una tarde cualquiera, cuando el sol aún no se rendía del todo. Quería ver los frescos de los que todos hablaban, esos trazos macabros y prohibidos de Goya que parecían respirar bajo la cal. La puerta, como siempre, estaba cerrada. Rodeó la construcción con paciencia y encontró una pequeña ventana en la parte trasera, casi oculta por la maleza.

Armado únicamente con su vieja linterna, se dejó caer de un salto dentro del sótano. Sus manos profanaron la fina capa de polvo del piso al amortiguar la caída. El aire estaba viciado: olía a madera húmeda, a excremento de rata, a tiempo detenido. Golpeó la linterna dos veces, como si quisiera despertar algo dormido, hasta que un halo ámbar, débil y vacilante, comenzó a revelar el sótano.

Entonces lo vio.

El muro estaba cubierto por un fresco de tonos apagados. Un ser delgado y decadente, encapuchado, sostenía una máscara de rostro humano frente a sí.

No había violencia en la escena, sólo una calma insoportable. Gaby avanzó un paso. No terminó de afianzar su impresión cuando el ser del fresco posó lentamente la mano sobre la máscara.

El miedo le llegó tarde, pero lo asaltó entero. Trepó hasta la ventana con torpeza y huyó sin mirar atrás. Ya lejos, se detuvo. Algo lo hizo volver. No supo qué. Se asomó apenas por la ventanita y apuntó la linterna al muro.

Nada.

El fresco permanecía inmóvil.

—Te lo juro por la Virgen del Carmen —le dijo a Manu—. Esa pintura se movió.

—Eres un mentiroso —respondió—. Pruébalo.

Volvieron juntos. Manu sostuvo la linterna.

—¡Virgen santísima! Soy miope y no estoy muy seguro, pero... creo que movió los dedos

—murmuró, poniéndose pálido.

—¡Te lo dije, te lo dije!

Guardaron el secreto durante semanas. Cada tarde regresaban al sótano y observaban el muro durante dos horas exactas. El fresco no volvió a moverse. La espera comenzó a pesarles más que el miedo.

Joaquín, un muchacho de quince años, llevaba días observándolos desde lejos. Una tarde, cuando Gaby y Manu se marcharon, se acercó solo. Usó un pequeño espejo de bolsillo para reflejar la luz del sol

hacia el muro. La pintura se movió de nuevo: la máscara descendió apenas.

Al día siguiente regresaron todos. Joaquín y dos amigos más ya estaban ahí.

—Chiquillos, lo que han descubierto es una maravilla.

—La pintura del loco —dijo Joaquín.

—No es cualquier pintura —corrigió Gaby—. Es un fresco. Está pintado directamente sobre el muro. Por eso no se ha caído con la humedad.

Joaquín se encogió de hombros.

—Bueno, el fresco, entonces. La cosa es que se mueve. Descubrimos que mientras más gente lo mira, más cambia. Ya lo vieron Ana y Pedro. Vendrá Angélica y comprobaremos si nuestra teoría es cierta.

—No es una teoría —dijo Gaby—. Todavía es una hipótesis. Hay que repetirlo más veces.

—¡Se bajó más la máscara, no tiene ojos! —gritó Angélica un rato después.

Pronto fueron demasiados. La ventana dejó de ser suficiente. El rumor llegó al alcalde antes que cualquier permiso, y con eso le bastó. Ordenó abrir el sótano, cobrar por entradas y anunciar:

«El fresco de Goya que se mueve cuando lo miras».

El mundo entero supo del fresco cambiante. Algunos dijeron que revelaría un mensaje de Dios. Otros afirmaron que estaba maldito y debía ser destruido. La viralidad de internet —y algunos conspiracionistas— insistían en que debía ser visto: que llamaba, que generaba una necesidad difícil de explicar. Muchos aseguraban no sentir nada al mirarlo; aun así, pagaron por hacerlo.

Se abrió un sitio web que dejaba ver la transmisión del fresco en vivo por ocho dólares mensuales.

Con el tiempo, comenzaron a circular versiones contradictorias. En algunas transmisiones el fresco parecía moverse; en otras, permanecía completamente inmóvil. Videos grabados en distintas partes del mundo mostraban cambios que no coincidían entre sí, incluso diferencias entre dispositivos de una misma región. Hubo quienes afirmaron que nunca se movió, quienes hablaron de ediciones, de montajes, de transmisiones falsas.

Pronto se dijo que todo era un fraude, una distracción, una cortina de humo del gobierno para desviar la atención de otros asuntos. Aun así, se anunció un evento mundial: durante dos horas, todo el mundo podría ver en vivo y gratis El fresco divino de Goya.

La noche previa al evento aparecieron dos figuras nuevas. Idénticas al primer ser. También miraban al frente. También ocultaban el rostro. Se pudieron ver

en todas las transmisiones.

Los ojos del mundo estuvieron puestos en la transmisión. Gaby y Manu observaban las pantallas gigantes instaladas en su pueblo.

—Si necesitaba que lo miraran tantos —dijo Gaby—, entonces Goya nunca quiso que lo viéramos.

El mundo entero pudo ver cómo la pintura se movía de forma fluida. La imagen cobró vida. Las máscaras cayeron. Uno de los rostros tenía sólo ojos. El otro, sólo orejas. Del extremo superior del fresco comenzó a emanar una sustancia viscosa. Tres tentáculos emergieron lentamente.

Los tres seres, al mismo tiempo, pusieron un pie fuera del fresco.

Las ciudades, los cuerpos, las voces: todo permaneció inmóvil.

La humanidad no volvió a mirar.